

Plaza pública para la edición del 7 de febrero de 1994

• Chiapas en Jalisco

• Don Samuel en Guadalajara

Miguel Ángel Granados Chapa

El obispo y los empresarios dialogaron de manera franca. A pedido de uno de ellos, don Samuel Ruiz narró lo que podríamos llamar su conversión. Aunque en San Miguel de Allende (él es guanajuatense) había estado en contacto con un grupo otomí en extinción, su llegada a la diócesis de San Cristóbal de las Casas, el 25 de enero de 1960, lo tomó por sorpresa. Descubrió la realidad indígena, donde sus sermones tenían que ser traducidos, a menos que él intentara hablar las lenguas locales. Consiguió hacerlo después de que uno de los feligreses a su cargo, que con trabajos se expresaba en castilla, le preguntó por qué el obispo no hacía lo mismo: recorrer parte del camino para que se encontraran a la mitad.

Bromeó don Samuel diciendo que sólo pudo aprender el tzotzil y el tzeltal, porque siendo adulto, como se dice en la zona "ya tenía el hocico endurecido". Pero pronto aprendió otras cosas más importantes: la necesidad de no aparecer como un negociante con los sacramentos, y sobre todo la de no parecer asociado al poder económico, lo que se evitaba con el simple gesto de no dormir en la casa de los pudientes de cada comunidad, sino con el pueblo mismo. Sólo eso bastó para que los ricos criticaran su ministerio. No hubo en ese primer momento acciones sustantivas de apoyo, de acompañamiento a los menesterosos, como las habría después. Fue

suficiente la simple señal de no vincular su trabajo pastoral con las formas de dominación y control locales: eso abrió la brecha que se ahondaría más tarde, cuando don Samuel no pudo permanecer al margen de las diversas formas de explotación a que los indígenas eran sometidos, y las condenó. Entonces tomó partido por los pobres. No llegó con la idea preconcebida de optar por ellos. La realidad lo convirtió. Eso, y el consejo de personas como Adolfo Aguilar Zinser, que se hallaba presente en la reunión. Desde hace diez años, el politólogo que ahora es vocero de Cuauhtémoc Cardenas, y que estudió sobre el terreno la política de refugio mexicana, ayudó a que don Samuel comprendiera que su diócesis se convertiría en foco de tensión en torno de temas cruciales, como las relaciones entre el clero y el gobierno, el papel fronterizo entre Norte y Centroamérica, y la miseria indígena.

El obispo que está hoy en el centro del más inmediato de los problemas nacionales se desplazó a Guadalajara, a pesar de que su papel en la crisis chiapaneca lo fuerza a permanecer en su sede diocesana ante la fluidez de los acontecimientos. El jueves 3 de febrero fue el protagonista de una larga y enriquecedora jornada dividida en tres tramos, bajo el tema general "Chiapas: los retos de la nación". El rector de la Universidad de Guadalajara, Raul Padilla, lo visitó en San Cristobal diez días atrás, con la obvia preocupación de muchos mexicanos por contribuir al proceso de paz con justicia que se precisa impulsar en el sureste y en todo el país.

De su conversación resultó la pertinencia de que la segunda ciudad del país recibiera noticia directa, por boca del obispo, de las

causas, implicaciones y consecuencias del alzamiento zapatista en los Altos y la Selva de Chiapas. Como marco para hacerlo se ideó un amplio foro, con la participación de expertos y observadores, pero sobre todo con la presencia de representantes indios. De esa manera se organizaron tres mesas, para discutir "la cuestión social: los laberintos de la pobreza", "la cuestión indígena: el desafío de una sociedad pluriétnica" y "la cuestión política: el debate por la democracia". Entre los muchos invitados, sobresalió la presencia del arzobispo emérito de Oaxaca, don Bartolomé Carrasco, así como de Eráclio Zepeda y Andrés Fábregas, dos de los tres miembros de la Comisión Especial Autónoma que está recogiendo sobre el terreno las querellas de los indios chiapanecos que no están alzados en armas, pero no porque les falten motivos..

Los representantes indios fueron Rogelia Justo Elías, náhua; Beatriz Gutiérrez, zapoteca; Ricarda Cruz Reyes, zapoteca; Adrián Morales, mixteco; Floriberto Díaz, mixe, y otros, que pusieron frente al auditorio, simultáneamente, su triste realidad y su aptitud para entenderla y manejarla, así como sus enormes posibilidades de autogobierno.

Fuera del foro, don Samuel acudió a una comida con empresarios y dirigentes empresariales interesados en oírlo. Uno de ellos, miembro de la cúpula de una importante agrupación nacional después de escuchar al obispo planteó la conveniencia de que su sindicato patronal lo reciba, pues sin duda halló que la desinformación en torno del sucesor de fray Bartolomé de las Casas queda contradicha por las razones pastorales del prelado.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Don Samuel en Guadalajara

El obispo de San Cristóbal de las Casas se dio tiempo para asistir a un foro sobre las repercusiones nacionales del alzamiento de Chiapas, a que convocó la Universidad de Guadalajara, y para hablar con algunos de los más relevantes empresarios de la capital jalisciense.



El obispo y los empresarios dialogaron de manera franca. A pedido de uno de ellos, don Samuel Ruiz narró lo que podríamos llamar su conversión. Aunque en San Miguel de Allende (él es guanajuatense) había estado en contacto con un grupo otomí en extinción, su llegada a la diócesis de San Cristóbal de las Casas, el 25 de enero de 1960, lo tomó por sorpresa. Descubrió la realidad indígena, donde sus sermones tenían que ser traducidos, a menos que él intentara hablar las lenguas locales. Consiguió hacerlo después de que uno de los feligreses a su cargo, que con trabajos se expresaba en castilla, le preguntó por qué el obispo no hacía lo mismo: recorrer parte del camino para que se encontraran a la mitad.

Bromeó don Samuel diciendo que sólo pudo aprender el tzotzil y el tzeltal, porque siendo adulto, como se dice en la zona "ya tenía el hocico endurecido". Pero pronto aprendió otras cosas más importantes: la necesidad de no aparecer como un negociante con los sacramentos, y sobre todo la de no parecer asociado al poder económico, lo que se evitaba con el simple gesto de no dormir en la casa de los pudientes de cada comunidad, sino con el pueblo mismo. Sólo eso bastó para que los ricos criticaran su ministerio. No hubo en ese primer momento acciones sustantivas de apoyo, de acompañamiento a los menesterosos, como las habría después. Fue suficiente la simple señal de no vincular su trabajo pastoral con las formas de dominación y control locales: eso abrió la brecha que se ahondaría más tarde, cuando don Samuel no pudo permanecer al margen de las diversas formas de explotación a que los indígenas eran sometidos, y las condenó. Entonces tomó partido por los pobres. No llegó con la idea preconcebida de optar por ellos. La realidad lo convirtió. Eso, y el consejo de personas como Adolfo Aguilar Zinser, que se hallaba presente en la reunión. Desde hace diez años, el politólogo que ahora es vocero de Cuauhtémoc Cárdenas, y que estudió sobre el terreno la política de refugio mexicana,

ayudó a que don Samuel comprendiera que su diócesis se convertiría en foco de tensión en torno de temas cruciales, como las relaciones entre el clero y el gobierno, el papel fronterizo entre Norte y Centroamérica, y la miseria indígena.

El obispo que está hoy en el centro del más inmediato de los problemas nacionales se desplazó a Guadalajara, a pesar de que su papel en la crisis chiapaneca lo fuerza a permanecer en su sede diocesana ante la fluidez de los acontecimientos. El jueves 3 de febrero fue el protagonista de una larga y enriquecedora jornada dividida en tres tramos, bajo el tema general "Chiapas: los retos de la nación". El rector de la Universidad de Guadalajara, Raúl Padilla, lo visitó en San Cristóbal diez días atrás, con la obvia preocupación de muchos mexicanos por contribuir al proceso de paz con justicia que se precisa impulsar en el sureste y en todo el país.

De su conversación resultó la pertinencia de que la segunda ciudad del país recibiera noticia directa, por boca del obispo, de las causas, implicaciones y consecuen-



Bromeó don Samuel al recordar que para realizar mejor su tarea pastoral debió estudiar las lenguas locales, pero de entre ellas sólo pudo aprender el tzotzil y el tzeltal, porque siendo adulto, ya tenía, como se dice en la región, "el hocico endurecido".

cias del alzamiento zapatista en los Altos y la Selva de Chiapas. Como marco para hacerlo se ideó un amplio foro, con la participación de expertos y observadores, pero sobre todo con la presencia de representantes indios. De esa manera se organizaron tres mesas, para discutir "la cuestión social: los laberintos de la pobreza", "la cuestión indígena: el desafío de una sociedad pluriétnica" y "la cuestión política: el debate por la democracia". Entre los muchos invitados, sobresalió la presencia del arzobispo emérito de Oaxaca, don Bartolomé Carrasco, así como de Eraclio Zepeda y Andrés Fábregas, dos de los tres miembros de la Comisión Especial Autónoma que está recogiendo sobre el terreno las querellas de los indios chiapanecos que no están alzados en armas, pero no porque les falten motivos.

Los representantes indios fueron Rogelia Justo Elías, náhua; Beatriz Gutiérrez, zapoteca; Ricarda Cruz Reyes, zapoteca; Adrián Morales, mixteco; Floriberto Díaz, mixteco, y otros, que pusieron frente al auditorio, simultáneamente, su triste realidad y su aptitud para entenderla y manejarla, así como sus enormes posibilidades de autogobierno.

Fuera del foro, don Samuel acudió a una comida con empresarios y dirigentes empresariales interesados en oírlo. Uno de ellos, miembro de la cúpula de una importante agrupación nacional después de escuchar al obispo planteó la conveniencia de que su sindicato patronal lo recibiera, pues sin duda halló que la desinformación en torno del sucesor de fray Bartolomé de las Casas queda contradicha por las razones pastorales del prelado.

CAJÓN DE SASTRE

Epigmenio Ibarra, que anoche presentó en el canal AS de Multivisión una entrevista exclusiva con el subcomandante Marcos, es un veterano de la información audiovisual sobre movimientos insurgentes. Asistió con su cámara a algunos de los momentos estelares de la revolución sandinista en Nicaragua, y a las batallas del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador. Ahora tiene, para bien de su oficio, materia prima en su propia casa. La cobertura que ha hecho de la guerra zapatista, a diferencia de la hecha por Televisa y Televisión Azteca, mereció el aval de la insurgencia, que a los ojos de muchos mexicanos se ha convertido en una autoridad moral, aunque no se esté de acuerdo con la apelación a las armas. La advertencia de Ibarra a los negociadores gubernamentales sobre la naturaleza de ese movimiento no debiera ser desoída.